



Los Contemporáneos

LA APARCERA * * Novela
de JOSÉ JESÚS GARCÍA

Ilustraciones de JUAN FRANCÉS

30 Cents

Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Director: Eduardo ZAMACOIS

Oficinas: CAÑOS, 4

Apartado 231

MADRID

AÑO I.- 2 ABRIL DE 1909.- N.º 14

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

Anuncios: pidase tarifa.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y revistas

CABALGATA DE HORAS.—Por Emiliano Ramírez-Angel.—Imprenta Gutenberg. Madrid.

Es un libro sencillo, un poco triste, un poco irónico, inspirado en la melancolía apacible de las vidas pequeñas.

Ramírez-Angel "quiere dedicarlo á esos hombres que vemos en las claras tardes de los domingos, sobre la hierba de Amaniel ó Puerta de Hierro, cerca de su mujer y de sus hijos, comiendo unas tortillas de patatas, unas aceitunas y unos filetes empanados, con santa, cívica y edificante resignación".

LA CONJURA.—Novela de Jesús Castellanos.—Tipografía de la *Revista de Archivos*. Madrid.

Es una narración de poderosa intensidad dramática y correctamente escrita. El lector la sigue con avidez; los paisajes y los tipos están muy bien trazados.

Completan el volumen las novelitas tituladas *Una heroína*, *Cabeza de familia*, *Idilio triste*, *Naranjos en flor* y *Corazones son triunfos*...

PROMETEO.—Publica esta revista en su número de Febrero, notables trabajos de A. González-Blanco, Angel Laguna, Remy de Gourmont, Ramón Gómez de la Serna, L. Fernández Navarro, *Colombine* (Carmen de Burgos), etc.

≡ FIEL CONTRASTE ≡

to tienen las alhajas de la JOYERÍA DE MODA, calle de Carretas, núm. 3.- 25 por 100 más barato que nadie.

≡ ESPAÑA ENTERA ≡

sabe que la JOYERÍA DE MODA, Carretas, 3, se vende 25 por 100 más barato que nadie. se se

DOLOR DE CABEZA, NEURALGIAS Y JAQUECAS

desaparecen en 5 minutos con la HEMICRANINA DEL DOCTOR M. CALDEIRO

TRES PESETAS, Arenal, núm. 15 y farmacias, Madrid.



Toda la gente aristocrática bebe el

Champagne BINET

porque la superioridad de su

"MÉDAILLON ROUGE"

en pureza, sabor y finura están reconocidos de los verdaderos aficionados.

De Venta: Caves Monopoles, Victoria, 4, Madrid.

Airedeedor del Mundo

El semanario ilustrado más ameno y más instructivo de España

PROFUSIÓN DE GRABADOS

Das novelas encuadernables, siempre de gran interés dramático, en cada número

Artículos de viajes, curiosidades históricas, últimos descubrimientos, inventos, ciencia en forma amena y útil, costumbres, informaciones raras, orígenes de apellidos, averiguador universal, recetas útiles caseras é industriales, problemas, etc.

NÚMERO GRATIS DE MUESTRA

Precios de suscripción:

En España: Pesetas 2,50 trimestre; 5 ptas. semestre y 10 pesetas año.

En el Extranjero: 4 francos trimestre; 8 francos semestre; 16 francos año.

OFICINAS: CAÑOS, 4, MADRID



JOSÉ JESÚS GARCÍA

LA APARCERA

(NOVELA)



I

La Catedral de Pinares se alza en el centro de un barrio vetusto y solitario de la morisca urbe. Su fábrica solemne, de feudal fortaleza, ennoblecida por la herrumbre del tiempo, acaricia con grata sombra al Seminario Conciliar, al palacio del obispo, al convento de las Puras y á una porción de estrechas y tortuosas callejuelas en cuyas sinuosidades dormitan las más sugestivas y silenciosas mancebías del lugar.

La imponente iglesia, con su torre central recortada sobre la azul lejanía y sus cobrizos muros laterales, se ofrece de tal modo á la contemplación, vista de lejos, que más que cristiano templo parece inmensa y fantástica clueca bajo

cuyas alas asomaran las viviendas del barrio... como polluelos medrosos.

La muchedumbre, que en tiempos pretéritos se apretujara á la sombra de la torre secular, ansiosa de luz y de más libre horizonte, habiase propagado con todo su mundano ajeteo hacia la anchurosa vega, en donde, lindero á los tiernos maizales del verano y á las vistosas hortalizas del invierno, albeaba el lindo caserío.

Por estos cambios y mudanzas, el barrio de la Catedral había quedado como muerto, deshabitado y silencioso á toda hora.

El reloj de la torre, preceptor solemne que un día regulara con sus sones la vida de todo un pueblo, no sirvió más tarde sino para marcar la hora de la sopa al obispo; la del coro á los canónigos; la de las clases á los seminaristas; la del rezo matinal á las monjas, y... ¡la de la cita clandestina

á los furtivos clientes de las mancebias cercanas! A su voz sonora, caída desde la altura sobre la paz de la siesta ó sobre el augusto silencio de la noche, poníanse en pie unos cuantos corazones encendidos de fe y otros cuantos tocados de amor pagano.

¡Acaso servía también para derramar, con sus melancólicas y lentas campanadas, ciertos acentos de romántica poesía sobre el soñoliento barrio en que vivía Clarita!

¡Era un socarrón filósofo el reloj de la torre!...

Es de rigor que frente á toda Catedral vetusta haya una espaciosa plaza con su remedo de jardín florido y su festón de árboles pomposos. La de Pinares, como todas, tiene también ante su portalada este encanto..., en el cual apacienta sus ojos el obispo cuando, cansado de contemplar las azules grandezas del cielo, atisba desde los balcones de su palacio...

La Catedral tiene á su espalda otra puerta, á la que llaman *de los Perdones*... ¡tal vez porque mira al dédalo de callejuelas silenciosas en donde hay tanto que perdonar!

Por allí cerca, en una antigua casa solariega de dos pisos que en su fachada luce—amén de la puerta central blasonada—dos grandes rejas con sendos balcones superpuestos, vivía Clarita Pineda, la señorita más bizarra y hermosa de todo Pinares.

Clarita era el encanto de los paseos: una Venus de Milo, sin lesión grave ni leve de su escultura.

Figuraos una linda muchacha siempre vestida á la última, con la flor de la risa de par en par abierta al mirar de los demás, con la color de la vida en el semblante añinado, y con todos los gestos lindos que esculpe en un rostro femeníl el temperamento pasional... y veréis á Clarita.

Clara era, además, la simpática representante de toda una raza de mujeres hermosas. Era guapa como su madre, y como lo había sido su abuela, y como lo fueran todas sus ascendientes. Sin embargo, al decir de muchos, aventajaba á todas aquéllas en la gracia de su mirar, en la nativa elegancia, en el culto decir y—sobre todo—en el andar airoso y desenfadado.

Clarita andaba como los ángeles, según la turba de los mozalbetes. Su paso era menudo, tímido; su andar *reflexivo* y calculado, como de hembra que quiere revelar andando la suprema gracia del cuerpo retrechero. Que si para eso no sirviera el andar, según ella, ¿para qué habría de servir en aquella estrecha cárcel de Pinares, donde su juventud se esfumaba?

Era el suyo, en efecto, el andar de una mujer que se preocupa, más que del punto adonde va, de ir bien dondequiera que fuese. En el ir con gracia y *con sombra*, estribaba precisamente para esta niña toda vanagloria; que por lo demás, en su rincón provinciano apenas había sitio ni espectáculo que mereciera el salir de casa.

Y, claro, con estas ideas, importábale poco que la mirasen ó no. Si no tenía público que la admirase, al discurrir por aquellas silenciosas calles de su barrio, ella era su público, y no se hubiera perdonado á sí misma una actitud desgarbada.

Su andar era, en suma, una serie de momentos, exquisitamente estéticos de su escultura helena.

Andaba como si caminara siempre bajo la preocupación de la instantánea.

Al amanecer un día vestida de largo y al contemplarse tan guapa ante el espejo, ciñóse con valentía la falda sobre la poderosa cadera, recogién-dola en un costado con el broche primoroso de su manita marfileña, y se admiró largo rato. Su instinto de mujer le sugirió la idea del triunfo. Aquel andar suyo y aquel su cuerpo derecho y atrevido, llegaban al límite de la sugestión con esta moda.

No obstante el compendio de sus gracias, Clara no llegaba á tener novio que le durase más allá de los tres meses. A su reja llegaron rendidos, siguiendo sus pasos, muchos galanes barbilindos que á poco de llegar alzaban el vuelo ante la arisca moza y se iban para no volver.

“Era muy orgullosa”—decían.

En su ventana ronroneó alguna vez su canción amorosa alguno que otro licenciado en Derecho—de los muchos que en Pinares granaban todos los veranos—ansioso de dejarle en la boca un nidal de besos calientes. Pero se quedaron con la gana.

Muchos fueron más atrevidos, y queriendo vencer á *la orgullosa niña*, en la confianza de un arrebato propusieronle *la fuga*, esa dispensa de ley á la que tan inclinadas mostráronse siempre otras. Clara ni daba besos, ni se iba. Demasido haría con casarse y... darlos después. Ella era así: temerosa ante todo lo que fuera escándalo. El silencio y la noble serenidad de su barrio, aparte la nativa bondad, la habían moldeado de tal modo el alma, que se sentía sobrecogida de espanto frente á muchas cosas, en las cuales pensaban sus galanes fácilmente mirando su negro pelo ensortijado y su andar tremante.

No cabía duda; era el sugestivo andar de la chica lo que atraía á los mozalbetes y les encendía de carnal anhelo. Quien la viera una vez, soñaba que llegar al pie de su reja y besar el santo que en ella se veneraba, sería un misma cosa; mas no era así, en verdad.

La de Pineda era lista como el mismísimo demonio. Su espíritu era un espíritu educado, fuerte y audazmente aristocrático, que siempre voló á mayor altura que el de los chicos de su pueblo...

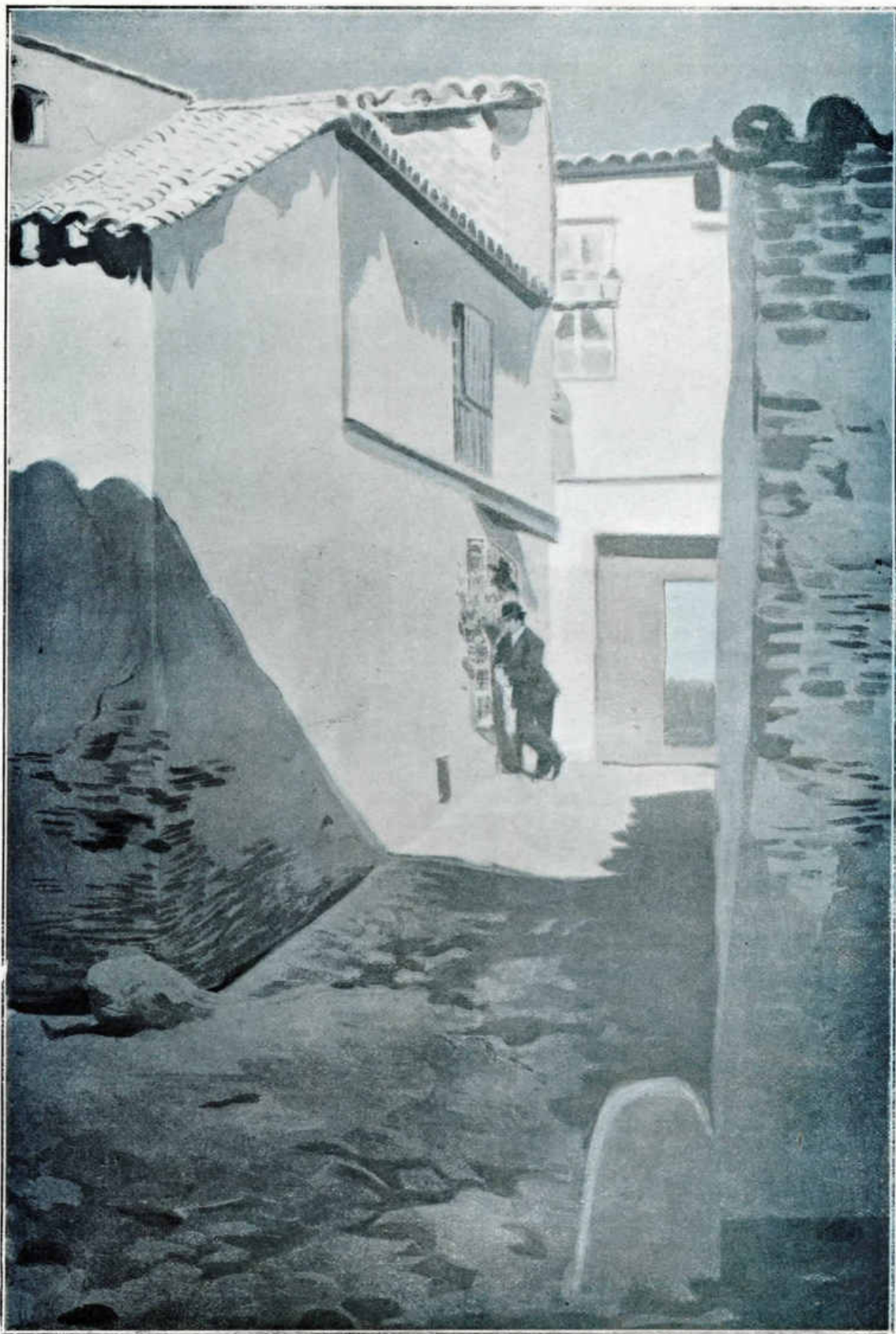
Al año de vestir de largo, ya tenía la gentilísima su leyenda de arisca y orgullosa más que cimentada. ¡La calumniaban; la calumniaban aquellos barbilindos tenorios de Pinares, para quienes era sosa, fría y anormal toda chica que no se les derritiera colgada de una guía del bigote!

Llegó un día á la reja de Clara uno... que no pidió besos.

Era un joven pelicastaño, alto, de grandes ojos soñadores y de ademán resuelto. Peinaba con raya y lucía barba bien recortada. Había llegado á Pinares, ostentando cargo ingenieril, con una *troupe* de extranjeros negociantes que venían á explotar negocios mineros por cuenta de una Compañía franco-belga.

Manuel, que así se llamaba, tenía aire gentil de francés fino. Era español, pero en su acento echábase de ver cierto dejo extraño que matizaba muy gratamente su lenguaje mundano y galante.

Conocióle Clarita una noche de feria, en el baile del Casino. Bailaron juntos toda la velada, conversaron largo y tendido de muchas cosas, y...



Marily

convinieron seguir la charla al otro día en la reja, como buenos amigos. Así nació el nuevo amor de la joven.

Manuel no se parecía á ninguno de los chicos de Pinares, á quienes ella habia contemplado al través de aquellos mismos hierros de su ventana. Hablaba con culta y delicada llaneza; piropeábala, sí, pero de otro modo que sus antiguos novios lo hicieran. Su charla pintoresca y grata, más parecia una larga é interesante confesión amistosa que una encendida canturia de enamorado. Hablaba de su continuo rodar por el mundo; de la vida de París; de las costumbres de la Francia, que conocia y recordaba con delectación sibarítica. Y en medio de esa *causerie*, preñada de encantos, el gran *causeur* asomaba con sutil discreción de vez en cuando la intención galante.

Escuchándole, Clarita creía ver en el centro del sombrío telón provinciano que siempre contemplaron sus ojos, un repentino desgarrón que ofreciale de súbito, allá en la lejanía, la clara visión de un nuevo mundo todo luz, aire y libertad; de un nuevo mundo... quizá fantaseado por ella alguna vez en el extravío de un ensueño. ¡Cuán grata conversación la de aquel chico!

Manuel iba todas las noches á la reja de Clara. Esta esperábale, bañado el ánimo en una dulce inquietud jamás sentida. Habían hablado de todo: de todo menos de amor... á la usanza corriente en Pinares. La *declaración*, esa acartonada fórmula iniciadora de todos los noviazgos, no habia aparecido aún en boca de Manuel; mas... ¡qué importaba! Para Clarita *todo aquello* era amor delicado y sutil que le penetraba el alma y la llenaba de confianza amistosa. Si Manuel se le hubiese cuadrado con la palabra consagrada al borde de los labios, tal vez no anduviese ella ahora con la donosura y desenfado que se reconocía en medio de tan grata aventura. ¡Ser novia sin decirlo, *sin compromiso*! ¡Cuán rara y dulce sensación de libertad y de amor! ¡Ah! Indudablemente: cuando dejaran de ser libres, del modo que ahora lo eran, perdería este idilio todo su encanto...

II

—¡Un frasco de perfume! ¿Es usted aficionada á los perfumes?

—¡Oh! Los perfumes me enloquecen.

—Y á mí. Ese es *heno*, ¿verdad?

—Sí, *heno*; es mi perfume favorito.

—Es muy rico el *heno*: á mí me gusta mucho, pero no para nosotras. Es un perfume *demasiado varonil*.

—Tal vez por eso es por lo que yo lo prefiero... Lo compré ahora, al pasar por la perfumería... ¿Lo quiere usted?

—Oh, no; muchas gracias.

—Vamos á estrenarlo: ¿no le parece?

—De ninguna manera...

—No me reproche usted, Clarita. Abrir un tarro de *heno* en presencia de una dama gentil, no fué nunca un crimen.

Y diciendo y haciendo, destapó el frasco, que exhaló su alma en ondas embriagadoras y triunfales.

—“¡Qué delicioso!”—exclamaron ambos á un

tiempo. Y soltaron la carcajada al estímulo de la coincidencia.

—Y ahora que caigo, Clarita, he de pedirle á usted perdón. He sido poco galante. ¿Qué pensará de mi *heno* ese *supremme* tan *chic* que emana de todo su cuerpo?

—No tema usted. Mi *supremme* no dice nada; al menos yo *no lo noto*. ¡Como no sea que á usted le diga algo!—replicó viva é intencionada.

—¿A mí? ¡Que es usted encantadora!

—¡Qué perfume tan galante el mío!

—No, no; eso no lo dice el *supremme*, lo digo yo.

—Y á usted, ¿quién le fía?

—Usted misma. ¿Por qué no? ¿Tendría usted, ante mis ojos, la... *supremme* coquetería de llamarse fea?

Y volvieron á soltar la risa.

—De todo nos reímos. ¡Qué tontos somos!—insinuó la de Pineda por decir algo...

Desde lo alto de la torre cercana, el reloj de la iglesia desgranaba lento las horas sobre la grata música de aquellos diálogos. Las soledades del apartado barrio, apenas eran perturbadas de vez en vez por el cruzar callado de alguna beata, que *la puerta de los Perdones* sorbía con avidez, ó por la silueta de algún negro manteo que, escandalizado del idilio de la reja sombría, perdiase en la esquina de la torre rezongando.

—¡Qué tontos somos!—repetía Clarita.

Aquella noche *del frasco de heno* fué memorable para la de Pineda. Manolo se empeñó en que cambiaran sus perfumes favoritos. Ella huyó de la reja un instante y volvió con su tarro de *supremme*. Iban á cambiar ya los perfumes en el pañuelo... cuando á Manuel se le ocurrió cambiar los pañuelos mismos, de antemano perfumados. Así era mejor: así se acordarían más el uno del otro, luego, cuando el reloj de la torre—entrometido y apremiante—les separara... *hasta mañana*.

Después de este grato juego, Manolo puso en manos de ella su tarrito de *heno*: no era cosa de llevárselo destapado... En el tocador de Clara podrían pasar la noche ambos frasquitos conversando como dos novios, cambiando sus perfumes y los reflejos de sus almas de cristal... como dos enamorados cualesquiera. ¿No es verdad?...

¡Sí, era verdad! Y á más de verdad, ¡muy bonito todo aquello!—pensaba la gentilísima.

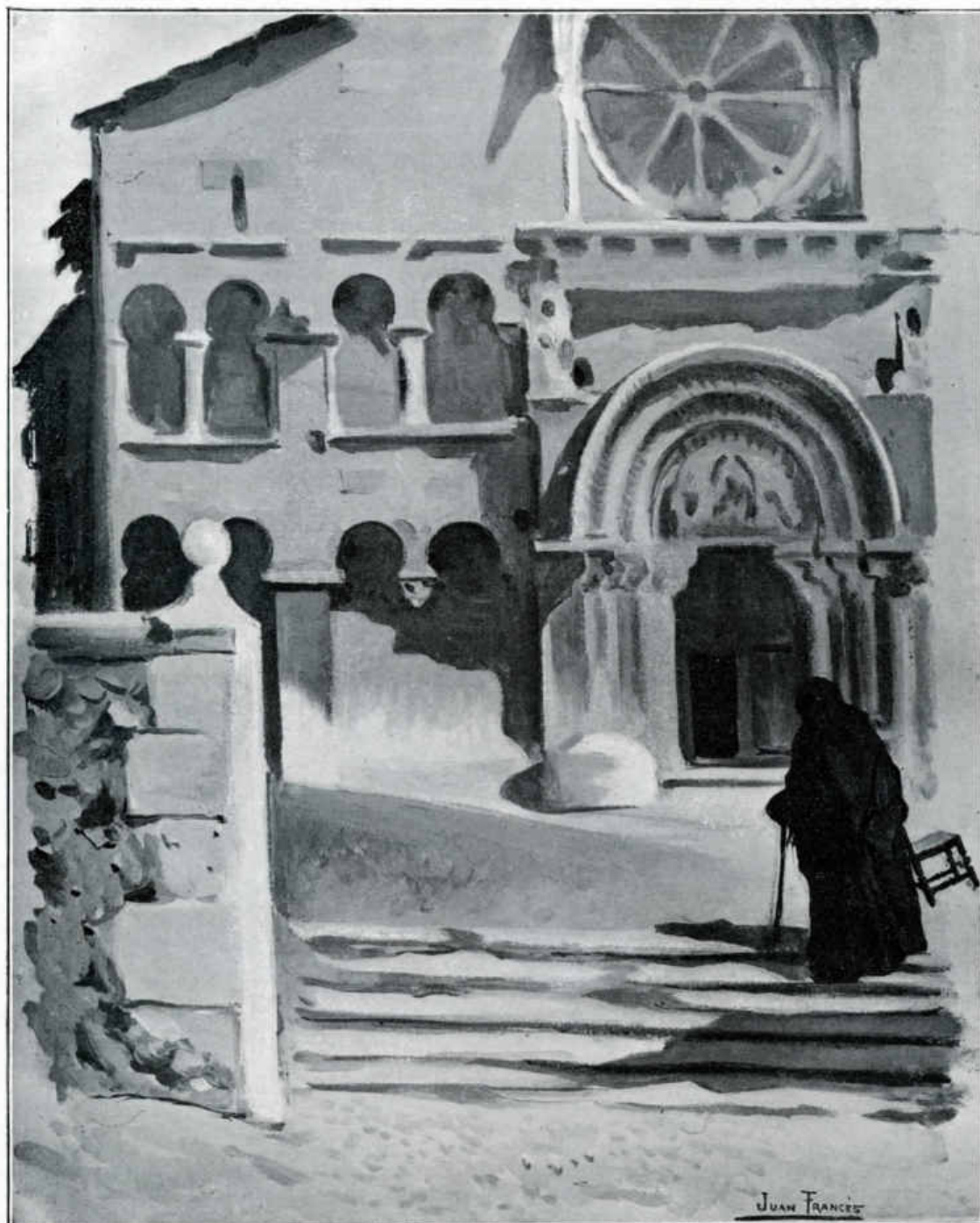
A poco del juego de los pañuelos la conversación cayó, como solía, sobre *las cosas de Francia*, tan interesantes para Clarita...

Manuel, y una hermana que tenía, de la que hasta entonces no le habia hablado, habian sido educados en París. Sería muy bonito presentar por carta á Rosa y á Clarita, para que se conocieran y se escribiesen luego, ¿verdad?... Rosa era una mujer muy linda y discreta. Serían indudablemente al cabo muy buenas amigas...

—¡Ah! Si mi Rosita supiera que yo me paso las noches en una reja andaluza conversando, ya tendría empeño en conocer á mi..., ¿me permite usted que lo diga?

Clara se azoró.

—No, no me mire con esa cara de espanto. Clarita... á mi interlocutora iba á decir. Ella, que tanto me conoce, me supondría ferozmente enamorado.



Clarita, embebecida, sorbía casi en silencio las mieles de aquel runrún amoroso y tierno, que la envolvía en un soplo de calentura.

También tendría ella mucho gusto en conocer á Rosa. Y... ¿por qué se llamaba Rosa su hermana? El nombre era muy hermoso, ¡hermosísimo, es claro! Pero en Pinares lo esquivaron siempre las familias distinguidas, á quienes se les antojaba vulgar. Ella no recordaba haber tenido ninguna amiga que se llamara de este modo. En cambio, allá en la vega, llena de lozanos verdes, no

había labradora guapa que no se llamara Rosa.

—No me extraña—dijo él, cómicamente sentencioso.—Cuando en la ciudad se maltrata á la poesía, ésta suele refugiarse en los campos.

—¡Muy bien; pero muy bien!—replicó ella toda hecha una risa.—Pero conste que á mí me gusta mucho el nombre... “¡Rosa!...” “¡Rosa!” —repetía mirando al cielo.—Es muy bonito. Yo quisiera llamarme Rosa.

—¡Y que le caería á usted muy bien el nombre!

—Muchas gracias...

JUAN FRANCÉS

“Su hermana Rosita llamábase así por la madrina. Era ahijada de una notable artista francesa, pintora de animales: la famosa Rosa Bonat, muy amiga de casa cuando ellos vivieron en París.”

“No había sido la pobre hermana muy afortunada con este nombre...” “Fué novia y prometida de un chico, genial pintor discípulo de su madrina, y estaban ya para casarse. Un día—día negro—se despidió de ella para la Argelia francesa, en donde lo reclamaba una Revista de París, que lo había contratado ventajosamente para que la ilustrara...” “En presencia de papá y de todos, la besó en la frente y partió. ¡Partió para no volver! En una escaramuza, una bala perdida vino á alojarse en su pecho, atravesando de paso el retrato de Rosita, que consigo llevaba. ¡Aquel retrato era lo único que conservaba su hermana, como una veneranda reliquia de su Gastón!...”

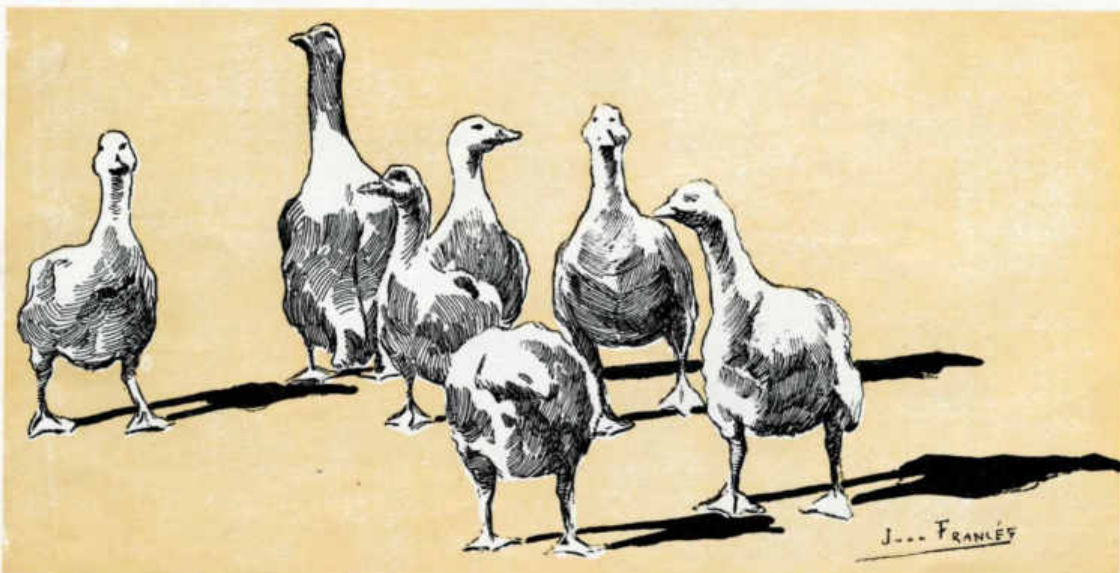
“Rosa fué desde entonces una flor tronchada en un rosal...”

Y habló, en efecto, pero intensamente sugestivo y meloso...

Su charla era... como el jirón de un ensueño azul; un frasear vivo é inquietante; un decir embriagador y narcótico; una lluvia menuda de áureas ideas pulverizadas, que caía lenta sobre el cuerpo cálido de la niña y estremecía la pompa pentélica de su escultura con dulce escalofrío.

Ya no era de Francia ni del mundo visible de lo que le hablaba, sino de cosas más delicadas y espirituales: de su mundo interno, de sus ansias de vida, de sus ambiciones más recónditas, ¡de su infantil alegría en aquellos momentos ultraventurosos! Quisiera él hundir su boca agradecida en el silencio monacal de aquel supremo instante, y besar con sus labios la sombra toda de aquella noche augusta, que mecía sobre sus cabezas todos los vagos misterios de la vida, del amor y de la muerte...

Clarita, escuchándole, desfallecía de interior deleite y avanzaba en el postigo que la recatara.



Un fuerte escalofrío estremeció todas las opulencias de Clarita, en cuyos ojos tembló una lágrima...

Callaron. El reloj de la torre desgranó sobre sus cabezas abatidas once campanadas, lentas y fúnebres como toque de muerto, que impregnaron de tristeza infinita el silencio de la noche. Por la mente de ambos volvió á cruzar la breve y dolorosa historia de Gastón, obsesionante y terca, como la siniestra imagen de una pesadilla...

“La besó en la frente y partió...”

“La besó en la frente y partió”—repetiale á ella el recuerdo en *ritornello* sollozante.

Sentía infinitas ansias de llorar.

Notólo Manuel y la sacudió con una frase recogijada.

—¡Ea! fuera penas—dijo.—Eso pasó y está ya muy lejos, Clarita. Despertemos; riamos... No me perdonen el haberla entristecido; hablemos de otra cosa.

como una sedienta de amor. Diríase que el galán, artista y maestro creador, con su palabra iba lentamente plasmando en el marco de la ventana la garrida escultura blanca de la gentilísima...

Sonó el reloj en la altura, avisando. El alto pecho de Clara se hinchó un segundo, y... abandonada á sí misma, cayó sobre los hierros fríos, toda contraída, con los ojos cerados... ofrendando á Manuel la blanca frente, como en Francia...

Manolo la estrechó y cayó sobre su boca con un largo beso, todo semilla de amor. Un gruñido de alma fiera recién fecundada, estalló en el centro de aquel beso, y una dulce muerte paseó fugaz tateando por toda la carne en flor de la muchacha.

—¿Me quieres?... ¿Me perdonas?...

—¡Con toda mi alma!...

En la alta torre sonaron claras y triunfales las horas de la media noche... que los novios besaron una á una, al pasar.

Las chicas de Pinares, cuando se casan—que todavía alguna suele casarse de vez en cuando—lo hacen sin complicaciones psicológicas.

Aparte algún caso excepcional de amor intenso y apasionado, que por su propia rareza despierta la admiración de la ciudad, casi todas van al matrimonio con naturalidad burguesa; con serenidad de hembras resignadas que en el casar, más que en el amor, columbran la anhelada meta.

Doncellas impolutas, forradas de provinciana austeridad, pasan por la vida largos años sin gustarla, masticando grandes raciones de virtud áspera y desabrida; de esa virtud que deja en los labios de las vírgenes amargor de olas, y en sus semblantes estereotipado un gesto sombrío y acusador.

La vida—fresca, rumorosa, grata—resbala junto á ellas como un río manso, rozando sus cadeiras redondas y núbiles...

En las márgenes de ese río hay gansos á millares, que ora chapuzan en las revueltas aguas del vivir, ora graznan desde la orilla al paso de las *juncas* hembras. También hay algún que otro ruiseñor que, perdido en la espesura, trina dulces amores...

Cuando las jóvenes de Pinares llegan á cierta edad sin haber oído el canto de un ruiseñor, ya saben la suerte que las espera: el graznido de un ganso por todo arrullo ó... *vestir santos*. Entonces es cuando adquieren esa triste resignación, esa vulgar serenidad de ánimo que las conduce, atadas de pies y manos, al misterio que hay al otro lado del Sacramento...

Clarita Pineda oyó una vez el canto de un ruiseñor desde su reja; pero aquel pájaro voló un día. La fronda en que cantaba fué azotada por un viento de adversidad, y á su pesar tuvo que alzar el vuelo de aquellas espesuras. Lloró ella mucho en un principio, es cierto; entregóse más tarde con monomaniaca obstinación á la lectura de novelas románticas, que la compensaron de su desgracia, con el relato de otras más tristes, y... al cabo, se consoló.

Consolada de su pena llegó á ese instante crítico en que las chicas guapas desmerecen si no se casan, y... se casó. Mejor dicho: no se casó ella, la casaron sus padres.

Su noviazgo fué breve y atropellado: un resonante flamear de sedas lujosas y trapos blancos; un océano de puntillas y encajes, que invadía las habitaciones todas; una repentina fiebre de ornamentación casera, en suma. Su boda inquietó con más serios problemas el ánimo de tapiceros, costureras y modistas, que el de la propia novia. Alguna vez apareciósele en el pensamiento, durante estos días de ajeteo, la imagen de Manuel, el ingeniero afrancesado, que tanto la había hecho soñar. “¡Cuán lejos ya todo aquello!...”

Casábase con un joven bien parecido, huérfano de padres y... de casi todo adorno espiritual; pero cargado de oro.

Era el tal, un muchacho alpujarreño, alto, de testa redonda y perfil romano, que de la noche á la mañana cayó sobre Pinares con su negro terno entallado, su constelación de brillantes y su ceceo musical y persuasivo.

Felipe, que así se llamaba, llegó á la ciudad con la sana intención de casarse. Bien pronto se extendió por ella su fama de rico; pero más pronto aún quedó prendado de Clarita.

Felipe era un cristiano recalitrante, un espíritu débil y acobardado, un creyente fervido; mas con aquella fe ignara y desprovista de espiritualidad, que no es sino una modalidad de la miseria mental y la poquedad del ánimo.

Vió á Clarita en los paseos, pero no se atrevió á hacerla el oso. Todos los días, durante la misa, que oía con puntualidad en Santo Domingo, acordábase en cambio, de la gentilísima moza, y se la pedía á Dios con todas las veras de su alma. Dios, que escucha sin duda, á los devotos de sus Sacramentos, debió de escuchar á Felipe. A los pocos días, un criado le anunciaba que los *frailes*—una pareja de Dominicos, blancos como palomas—deseaban ver al señorito, y aguardaban en la antesala.

—Pásales al salón inmediatamente...

No habían transcurrido dos semanas, cuando Felipe era casi feliz. Sería presentado en casa de Clarita, y sería... ¡todo lo que él ambicionaba!

¡Qué buenos señores, aquellos frailes!...

Un domingo, el inmediato á la visita de los reverendos, Clarita oyó misa en Santo Domingo á la misma hora que él. Felipe tembló de emoción al verla entrar; ambos quedáronse un momento contemplándose... Casi estuvo él á punto de saludarla con una ligera inclinación de cabeza. ¡Qué hermosísima era! ¡Mentira parecía que no tuviese novio aquella chica!...

Al mes de esta consideración, él era el novio; pero no un novio cualquiera, sino un novio fundamental, recibido en casa con todos los honores de probable marido, y tratado con aquella embarazosa etiqueta propia del caso.

Clarita sintióse halagada con esta extraordinaria novedad, no más que halagada en su vanidad de mujer...

Apenas casada—que la boda fué un rayo,—Clarita fué la dueña absoluta de la voluntad de su esposo. ¡Y cómo no! Con todo el dinero y las joyas del mundo no se le hubiera indemnizado á ella de la dolorosa sorpresa de su noche de novios; de la tristeza fría de aquel *crimen pasional* que la Iglesia había santificado un segundo ha, como quien dice, en presencia de sus padres y de los amigos de la casa...

Hubo un momento—lo recordaba muy bien—en que se creyó víctima de una pesadilla horrenda. Habíanla encerrado con un hombre á quien apenas conocía, á quien no deseaba; con un aturdido que temblaba de lujuria al contacto de su carne tibia, como tiembla el belfo de la fiera hambrienta al olor de la carnaza.

Toda la educación que ella recibiera durante su vida; los últimos consejos de su madre; la misma epístola de San Pablo, que había oído en los labios secos y silbantes del Arcediano, dijéronle... que en aquellos instantes de sombra, de misterio, de besos instintivos y brutales, estaba cumpliendo como mujer, la más alta y noble misión social. Su carne, flor empero; su pobrecita carne injuriada y su alma toda, eran las que sentían asco y dolor y protestaban de *aquello*, que parecía una hipócrita violación de todos sus pudores...

Amaneció muy tarde el día de aquella noche triste, pero amaneció por fin, Todos sus parientes la visitaron. Felipe sonreía como un triunfador, satisfecho de sí mismo.

La lujosa casa, por cuyos rincones discurrió aquella mañana acompañada de su marido, la ofreció muy gratas sorpresas. Era la dueña de un hogar suntuoso, de un joyero rebosante y... ¡hasta de un hombre fino y espiritualizado! Felipe parecía otro que el de la noche: la hablaba con gran ternura, con ternura infantil, aterciopelada bajo las dulces zedas de su musical acento alpujarreño. Todo lo que en la noche negra tuvo el esposo de impaciente, de hosco y silencioso, de macho embriagado, tenía ahora, á la luz del día, de galán y de rendido. Contemplando estas mudanzas consolóse ella con un sutil razonamiento, sacado... no sabía de dónde. Miró á su marido: era guapo, en efecto; un poco tosco, mas... no entonces. ¡Aquella mañana, Felipe era todo lo espiritual que puede ser un hombre que cecea!

Sin embargo, tornó la noche, y con ella vinieron de nuevo las desilusiones y los desencantos. Felipe era un amante glotón, mudo, instintivo. Cuando en la alcoba nupcial apagábase la luz, apagábanse con ella también las escasas alegrías que durante el día endulzabanle un poco el alma. Parecía como si, al caer el uno y el otro envueltos en la sombra, dejaran de ser lo que eran y habían sido al claror de las horas diurnas, para convertirse en dos desconocidos, en dos posesos, en dos montones de carne que se atraían, que chocaban y que luego se hundían en el misterio de un rito bárbaro de la animalidad exaltada.

¡Mas, ¡ah!, que al influjo de las ansias encendidas, la carne avizorada de la esposa siempre quedaba como en interrogación frente á un enigma indescifrable!...

Clarita se sentía molesta, nerviosa, atormentada.

Viéndola así, toda la familia convino en que el viaje de novios estaba indicado. El ancho mundo los esperaba. ¡A volar!

Y partieron para un largo viaje, que se renovó muchas veces tras una breve estancia en el hogar.

IV

.....
—Clara... ¡eres más bonita que un pecado; más bonita que un pecado de amor!

—¿Son bonitos los pecados de amor?

—¡Ah! Muy interesantes. ¿No has pecado tú por amor aún?

—Sí, Manuel, cuando me casé. Creo que aquello fué un *pecado de amor*.

—¿A pesar del Sacramento?

—Sacramentar ciertas cosas es un pecado mayor que otros.

—Y..., ¿por qué *pecaste*?

—¡Qué se yo! Tal vez porque los demás se cuidaron de santificar *mi caída*. No me hables de eso; recuerdo que entonces mi alma era como una copa llena de amarguras. Me casé, y... la copa se vertió toda entera sobre mis ensueños, sobre mis meditaciones, sobre la árida extensión de mis

días y de mis noches. Tú sabes que no amaba y por qué no amaba. ¿Para qué te empeñas en mortificarme?

—Porque tu mortificación halaga á mi espíritu. ¿Crees, acaso, que *aquel tiempo* pasó?

—Ha debido pasar.

—Pues para mí es todavía un presente: ¡aún te quiero!

—Sobre todo ahora, que ves en mí un *pecado de amor*, ¿verdad?

—No sé si es por eso, ó por los nuevos encantos que en tí descubro; pero te quiero, créeme: te quiero con más vehemencia que antes. Eres la misma mujer; pero en tu frente destella el resplandor de una luz nueva. Tu pensamiento es mas libre que entonces; hablas de otro modo. El pesimismo que revelan tus palabras me interesa y atrae poderosamente. En el fondo de todo pesimismo hay siempre esta gran amargura: una verdad. ¿Cuál es la verdad que yace en el fondo de tu espíritu? ¿Es, acaso, que aún me quieres?

—No quiero oírte. Déjate de eso... Mira aquellos dos que hay sentados allí enfrente. Son, sin duda, dos *optimistas*; en toda la noche se han hablado dos palabras.

—Sí, les conozco. El es un poeta apagado, un soñador que ha despertado tarde de su ensueño, un gladiador abatido por el cansancio, un estático. Ella es... una mujer prosaica como casi todas; una mujer sin fronda espiritual, sin fantasía, sin anhelos, sin cultura. Es una hembra como las que vagan por el bosque, entregadas sin conciencia á la mera vida natural. ¡Y como hembra, ya ha hecho su vida; ya es una hembra cansada también! Ambos han llegado á la edad en que se vegeta sin lucha. Entre ellos y esos dos árboles que les cobijan con sus copas, apenas hay diferencia. Por eso permanecen mudos, contemplando las aguas de ese caudaloso río humano que se desliza ante nosotros por el centro de la avenida.

—Nosotros somos también, por lo visto, dos árboles de la margen opuesta, que se miran en la corriente y que vegetan, ¿verdad?

—Nosotros somos arbustos y... ¡aun damos flores! ¿No quedamos ha poco en que me amabas?

—Sí; pero quedamos en que no hay que hablar de eso.

—Eres más bonita que un pecado, ¡cómo callar!

—Conviene que nos parezcamos á aquellos dos. Desengáñate: aquellos dos *postes* son un símbolo. Eso que llaman felicidad debe de ser algo parecido al éxtasis de esa pareja.

—No lo creas: la felicidad no existe sin inquietud y sin lucha. La felicidad está siempre á la vuelta de una victoria, aunque sea efímera; al otro lado de un obstáculo... fácil; á la salida de una inquietud... soportable. La felicidad, para que sea tal, debe ser en algo producto de nuestro esfuerzo, de nuestra energía, de nuestras luchas en el vivir. Sin eso no hay felicidad posible. El éxtasis á que dan lugar el cansancio de nuestras pasiones, la muerte de la ambición ó la modorra de todas nuestras ansias, es tedio, no felicidad. ¿Comprenderías tú un transporte, un arranque en aquel par de *cosas* que dormitan allá enfrente? ¿Vislumbras un beso de fuego siquiera en aquellos labios displicentes y pálidos, que no son iluminados ni por el reflejo de una sonrisa? No. Y

sin embargo, yo te besaría ahora mismo en los ojos y... el no poder besarte es para mí una dicha, sólo porque es una inquietud que tú despiertas; sólo porque sueño que soporiarías un beso mío sin sacar á relucir esas uñas tan bonitas que Dios te ha dado. ¡Y soy más feliz que ellos!... ¿Qué dices?

—Nada. ¡Que aún sabes hacer soñar y que aún sueño escuchándote. ¡Cállate!

—No quiero callar. ¿A qué callar si mi conversación te agrada?

—Por eso. Estamos pecando delante de todo el mundo. Creo que el paseo entero está escuchando nuestro diálogo.

—No lo creas. Cualquiera de esos y de esas que ves pasar, van entonando la misma canción que yo te canto. El mundo es amor y... un poco más.

—Bueno, pues calla... por ese *poco más*. Vamos á llamar la atención del corro: estamos demasiado metidos en nuestras cosas.

—¿Te crees que lo notan? ¡Qué tontica eres! Atiende un segundo y verás qué conversación tan interesante la de tu familia y tus amigos. Hace un rato discuten el tema vitalísimo que ofrece á la consideración de las damas el sombrero de Felisa Timbal. Que si es fabricado en casa; que si es un modelo de París; que si es "un refrito" del *canotier* del año pasado... Si yo me atreviera á dejarte un beso en esa boquita roja, que no hace nada más que devorar suspiros y sonrisas en toda la noche, ni siquiera lo advertirían... ¿Quieres?

—Eres un loco; ¡estáte quieto!...

—¿Decía usted, Luisita, que el *canotier* de Felisa es un refrito?

—"Me consta..."

Y en el corro estalló una franca risa, que atrajo las miradas de todo el mundo.

.....
—¿Me quieres de verdad? ¿Me quieres como antes?

—Sí..., pero siento que se me van pegando tus filosofías. Te quiero, pero *razono*...

—¡Ah! ¡Como que tu afecto hacia mí es de lo más *razonable* del mundo!

—No, no hagas frases en broma, porque cada vez que haces una siento frío en el alma. He dicho que te quiero, pero que *razono*.

—Explicáte...

—Te quiero, sí..., mas no sé por qué. Porque te quise; porque las ilusiones todas de mi *juventud*—no te rías,—saben de memoria tu nombre; porque después de nuestros amores, nadie, ¿lo entiendes bien?, *nadie* ha sabido hacerme olvidar *aquello*; porque mi alma no tiene ocupación ninguna... ¡Por una porción de cosas que no son, precisamente, ni tus palabras, ni tu gesto, ni tu mirada. ¡Ya ves si *razono*!

—Vamos, sí; me quieres porque no tienes nada que hacer. ¿No es eso?

—¡Sí tengo que hacer! Tengo que hacer una cosa, pero no sé hacerla; ¡querer á mi marido!

—No me extraña; siempre te supuse persona de buen gusto.

—No seas cruel. Tú no tienes motivos para burlarte de él. Bastante hace el pobre por ti con inspirarme este tedio que me consiente el que te

escuche. Pero interpretas mal mi actitud y... Mira: no es, precisamente, amor lo que yo quisiera que tú me diceses, sino alivio. Tú que eres hombre de mundo y un hombre bueno, además, debieras comprenderme y hasta debieras ayudarme á ser buena. Si el amor que me tienes no te sirve para eso, ¿qué valor quieres que tenga á mis ojos? ¿Piensas en una aventura, acaso? La aventura—créeme—no me espanta por lo que tenga de pecado ó de traición. Yo tendría poderosas razones para no considerarme traidora. Me espanta por lo que tiene de bochornosa, por lo molesta, por la serie de minucias repugnantes en que ha de abismarse y ensuciarse el espíritu al recorrer esa senda... Si amar no fuera más que caer, yo te lo confieso, caería cualquier día, en cualquier hora, en la primera ocasión, donde quiera que me aguardase un beso fuerte y hambriento. Pero amar es algo más que caer: *caer*, simplemente *caer*, no merece la pena de atravesar el largo calvario de humillaciones y de prosas que va desde el desco al beso definitivo... No te canses, Manolo; yo también he vivido algún tiempo en París, y he aprendido mucho por ahí; me encuentro enferma, hastiada, cobarde... Por un amor completo, loco, grande, con todo el escándalo que tú quieras, pero también con aquel bravo arranque de pasión que pueda emanciparme de este ambiente y reintegrarme á la libertad... ¡Para eso aun viviría y sería tuya! Para *lo otro*; para tener dos tiranos, uno á quien aborrecer y otro de quien ser olvidada luego..., para eso... Mira, para eso lo mejor es que hablemos... del *canotier* de Felisa; es tema más interesante.

Y mordiéndose un sollozo, que estuvo á punto de venderla, se repuso y dijo con naturalidad mirando al corro:

—¿Decías, Luisita, que el sombrero de Felisa es un modelo de París?...

Callaron, y durante largo rato estuvieron contemplando el gentío que resbalaba por el centro de la avenida.

Al cabo, él fué quien inició de nuevo la charla.

—Y... ¿es esa la moral que has aprendido en París?

Ella se irguió y le miró altanera y agresiva.

—Ya veo—continuó él—que has caído de lleno en la moral de los maridos incapaces... No, no te alarmes, no doy al vocablo intención aviesa. La incapacidad á que me refiero afecta á la psicología de casi todos los maridos conocidos, y está más generalizada de lo que crees.

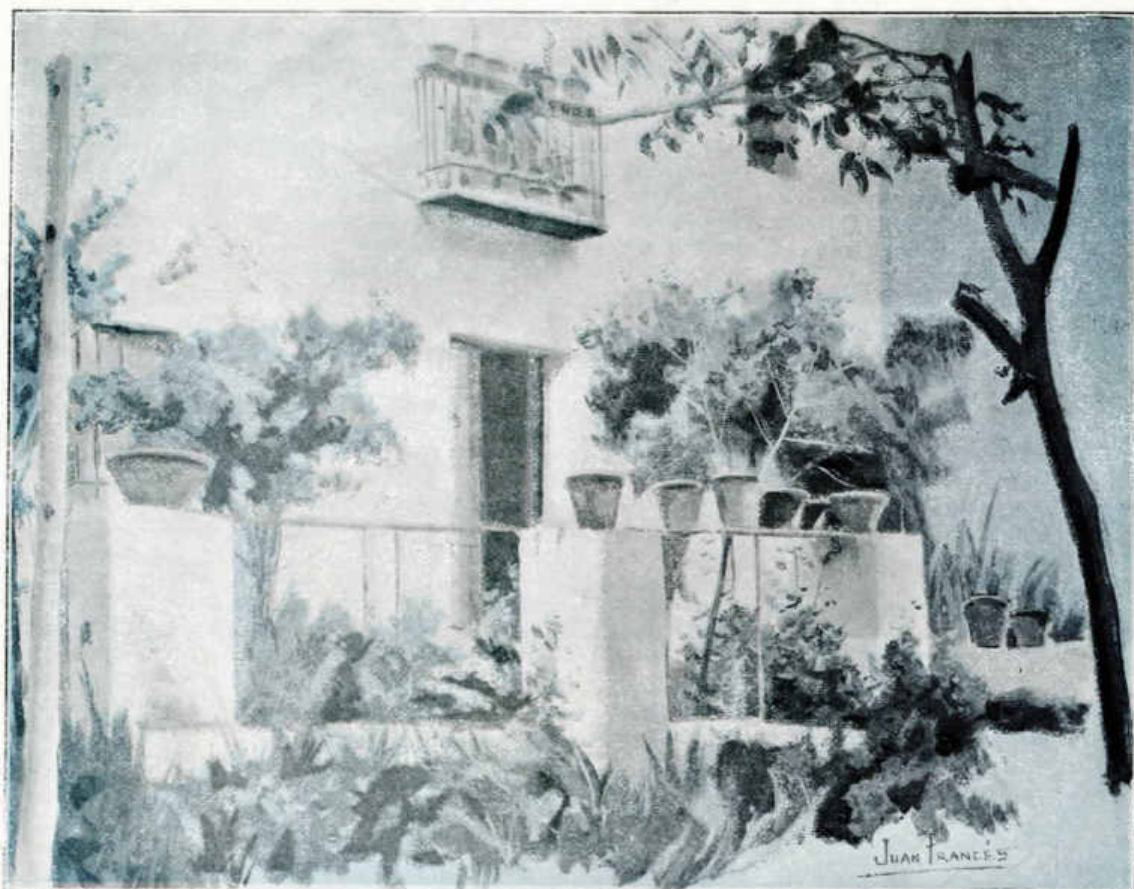
—No sé, no he hecho observaciones *en el gremio*.

Manolo sonrió al desenfadado chiste y siguió:

Ella, displicente, ni siquiera le miraba.

—Los maridos viciosos, gastados ó corrompidos—dijo él—que no acertaron á crear una felicidad estimable en su casa, han inventado para la mujer propia una moral egoísta y defensiva: *la moral de la fidelidad*. Según esa moral, debéis ser fieles siempre... pase lo que pase. La cosa tiene gracia.

—Supongo yo—interrumpió con sorna la dama—que vosotros los *solterones*, encargados de reparar todas las averías conyugales, no habréis perdido el tiempo, y tendréis también *vuestra moral*, ¿verdad?



—No te burles, que...

—No, si no me burlo; Dios me libre.

—Pues sí, la tenemos. Mejor dicho, yo la tengo. La tengo, y proclamo sobre todas las cosas la moral de la felicidad. Hay un perfecto derecho á romper aquellas otras fórmulas en las cuales se moldea la vida vuestra falsamente. Lo esencial es ser *felices*, no ser *fieles*. La fidelidad, no es ni debe ser sino la consecuencia natural de un amor venturoso. Cuando la fidelidad no es esto—perdóname que te lo diga—es una tontería, un martirio inútil.

El hombre que crea un hogar tiene la obligación de llevar á él la correspondiente ración de alegría diaria. El que no sepa llevar á su casa la felicidad debajo del brazo, que no se case...

—¿Cómo tú! ¿No es eso?

—Bueno, como yo ó como cualquiera; pero que no se case. Y si se casa, que no se espante luego cuando vea que otro llega y hace lo que él no pudo hacer.

—No, no te exaltes tanto, hijo. Eso que tú ofreces como una novedad es precisamente lo que ocurre á diario. No hay más diferencia sino que ello pasa con más naturalidad de la que tú empleas para decirlo.

—Como que así debe ocurrir, con naturalidad.

—¿Quién sabe!...

—Vivir toda la vida y vivirla *plenamente*, esta es la única filosofía razonable para el que tiene por forzoso imperio del acaso el *oficio de vivir*.

—Vive, tú, pues, la tuya como te plazca; mas no quieras vivir *plenamente* la mía. ¡Ya viviste algo de ella sin merecerlo!...

—¿De modo, que tan decidida estás?

—¿Lo has dudado un momento?

—Pensé...

—Mira, Manolo. No me convence el amor de los que enamoran á una mujer casada. Un hombre que *se ofrece*, transigiendo de antemano con las *infidelidades* que su dama habrá de *perpetrar*, ¡naturalmente! con el marido, me parece un tipo demasiado ridículo y repugnante... Si yo me viese alguna vez en el caso de optar entre el amante y el marido, preferiría al último. ¡Me deleitan los hombres candorosos! ¿Me has entendido?

—¿Eres una descarada!

—¿Y tú un idiota!

Palideció de ira; púsose en pie, y...

—¿Qué?—dijo mirando al corro.—¿No paseamos esta noche?

V

En medio de la vega apacible; en la linde de una acequia festoneada de cañaverales; á la sombra de unos altos y retorcidos chopos, cuyas frondas inquietas mantienen perpetua querrela con el viento, se alza el señorial *Cortijo de los Duendes*. Es un ingente prisma rectangular, de color te-

roso y aspecto siniestro, agujereado de ventanas y balcones en sus cuatro fachadas.

Delante de la puerta principal, orientada al mediodía, hay un porche, cuya parra acariciante cuelga pabellones de verdura en la férrea armazón del balconaje. El porche da acceso á un jardín selvático y descuidado, matorral bravío donde hay más sombras que flores. Al flanco derecho, como desgajada del casón, albea una vivienda humilde, albergue de los labradores, que se mira sin lograr verse en el muerto espejo de una era redonda y asfaltada. Al izquierdo... una noria morisca, entoldada por una parra secular, á cuya sombra circula una vaca dorada y macilenta, ¡siempre arrullada por el fresco rumor del agua corriente! Cave la noria... el balcón de verdinegro cristales.

El *Cortijo de los Duendes* es una posesión en cierto modo suntuosa y noble, que siempre fué unida al nombre de la familia Pineda. A poco del casamiento de Clarita, un vaivén de la fortuna quiso arrastrarlo muy lejos, y un capricho de la dama retóvulo en manos de su esposo.

“Cómpralo: el tío Pedro moriría de pena si el cortijo saliera de nuestro rebaño”—le dijo;—y quedó comprado.

Hablaba la escritura del inmueble, de cien tahullas de riego, de las cuales eran de cultivo noventa y seis. Las restantes embecíanlas la era, los cortijos, la noria, las boqueras y las trochas. De tiempo inmemorial, la finca venía pagando en renta todo este candoroso revoltijo de cosas: doscientas fanegas de maíz, doscientas de cebada, veinte arrobas de tocino, veinte quintales de melones, cuatro docenas de aves y doscientos reales de paja. Cuando el marido de Clarita lo adquirió de sus parientes políticos, fijó la renta en *quince mil reales*, pagaderos en dinero contante, y se los asignó á su esposa *para afileres*.

“No, como generoso, si que lo fué siempre...”

Como era natural, los dueños se reservaron en la nueva combinación el uso de la casa grande, que jamás figuró entre las

servidumbres de la labor. En ella, cuando no viajaba, solía pasar Clarita algunas primaveras.

La casa grande, cerrada, muda, muerta durante el resto del año, pudiéramos decir que revivía entonces con las flores. Sus balcones y ventanas, hostilmente cerrados siempre frente al espléndido paisaje que se ofrecía á los pies del casón bajo el alto fanal del cielo, se abrían de par en par, y... la leyenda de *los duendes*—pobladores nocturnos del cortijo, al decir de vegueros y vegueras—se amortiguaba un tanto en el ánimo de la medrosa población rural de los contornos.

A la vuelta de la gran *tournée* que la Pineda hiciera para consolarse de su caída en un matrimonio de conveniencia, el *Cortijo de los Duendes* fué para ella un grato retiro. Después de haber recibido en pleno rostro durante dos años el aire de París, y de haber recorrido toda Italia y algo de la Grecia; después de sus invernadas en la Costa Azul, la burguesa población de Pinares, con sus maledicencias y murmuraciones, era asfixiante.

Había, en cambio, en aquel caserón misterioso



de la vega; en aquel paisaje dormido al sol de su pueblo; en aquella soledad campesina, ¡una honda paz, de la que estaba muy hambrienta!

Aquel año no había querido salir á ninguna parte: estaba cansada de viajes, se hallaba espiritualmente envejecida, hastiada. Sentía algo así... como si la rondara el vacío, ofrendándola, para enamorarla, no sabía qué suerte de consuelos. Necesitaba, en suma, reposo y quietud para inventariar el desordenado montón de sus impresiones pasadas, que allá dentro, en el magín, se rebullían, simulando una especie de indigestión mental. Necesitaba hacer vida interior, reflexiva, de auto-confesión...

No era feliz con el amor de su marido; un amor que en cuatro años no supo estremecer sus entrañas con el placer de la vida ni con las inquietudes de la maternidad; un amor instantáneo, fulminante, que pasaba por encima de su cuerpo como una ráfaga cálida, dejándola burlada, ¡aun siendo ella toda una juventud ardorosa, dispuesta á morir... *al segundo beso!*

Para que su aislamiento fuera más encantador ahora, él andaba por esos establecimientos de Dios tomando aguas. No podía pasar sin ellas.

Sólo la familia y algunas amigas íntimas de la ciudad visitábanla en su retiro algunas tardes. Una de ellas consiguió arrastrarla hasta la tertulia de la puerta del Casino.

—Anda, mujer, el coche te traerá luego. ¡Quién como tú! ¿No te aburres aquí?...

Allí volvió á encontrar á Manolo, que al cabo de los años tornaba á Pinares con el encargo de galvanizar el abandonado negocio minero de otros días.

El, mundano y galante, la asaltó y trató de enamorarla y de seducirla con el beleño de sus palabras, considerándola una mujerzuela de poco más ó menos. ¡Bien se vengó ella! Se vengó, mas... no volvería. El diálogo mantenido con el antiguo novio le había dejado en el alma una amargura y una repugnancia supremas. Al recuerdo de aquella íntima conversación llegó á ver claro... que tampoco hubiera sido dichosa, al cabo, con un tipo tal.

“Dónde estaría escondida la ventura, ¡Dios suyo!”

El había dicho en cierto modo una gran verdad. “La fidelidad que no era consecuencia de un amor cumplido, era una tontería.” Pero callaba otra cosa. “La fidelidad, rota por un beso fuerte en obsequio á un aventurero egoísta, era un crimen sin finalidad seria”.

Y al influjo de su razonar y de sus recuerdos, la imaginación se le escapaba al ensueño y le fingía un escándalo repugnante, en cuyo tumulto rodaban... su nombre, el de sus padres, su relativa tranquilidad y su vergüenza.

“No volvería, no. No volvería á la tertulia de la puerta del Casino...”

VI

Clarita fué siempre dada á la lectura de novelas; pero en esta ocasión cayó en ella con vocación irresistible, azuzada por el régimen de soledad en que viviera...

Era un día de levante seco aquel con que el mes de Mayo se iniciara. Leía frente á uno de los balcones del salón principal, á la dulce sombra de un cortinaje de enredaderas que el sol rabioso doraba. El libro era interesante, pero de sus páginas emanaba un perfume de misticismo alambicado é hipócrita que contrastaba con las ideas que en su mente depositaron los viajes y las visiones del mundo lejano, que á su espalda dejara no ha mucho. El autor planteaba un problema de felicidad, que resolvía tras mil enfadosas sutilezas con un rasgo de abnegación claustral de la heroína. Le pareció aquello enfermizo y *demodé*. Un movimiento de rebeldía instintiva la exaltó, y arrojó el libro lejos de sí.

“¡Todavía se permitían los escritores burlarse cínicamente de la felicidad y del público, de esas dos excelsas majestades!”

Por el entoldado balcón entraba el cálido vaho de la siesta campesina, con todo el bucólico tropel de zumbidos y rumores que de la tierra brota por doquier á estas horas. El mugir de una vaca la despertó de su vaga somnolencia. Una voz argentina rasgó el silencio augusto de los campos con el lamento de una copla triste, que desgranó sus sonos sobre los pajizos sembrados, y... miró á lo lejos hipnotizada.

Allí cerca, á la orilla del camino que corría por delante de la verja del jardín, cuatro higueras fanfarronas daban gurdia de honor al cortijo, envanecidas de su verdinegra pompa. Más allá... cebadales maduros, trigales pintones, alcaeces jugosos, banales limpios, de pizarrosas tierras recién planchadas..., y de tanto en tanto la línea recta y sombría de los cañaverales limitando acequias y predios del paisaje calcinado. Una mano de gigante había esparcido desde la altura como un rocío de blancos caseríos sobre la dilatada vega; una genialidad de artista exornaba el llano con la cimbreante silueta de las palmeras africanas; sobre la mancha de cal de las masías destacábase el pomo frondoso de los frutales pródigos. A lo lejos brillaba el mar, cegante de luz, con el amplio y despejado horizonte de par en par abierto al ensueño...

Apoyada en el postigo del balcón aspiró con delicia el airecillo ambiente que, al besar los sembrados se refrescaba... En el centro del cuadro de luz, que el marco del balcón fingía, Juanillo uncía al uvio á la *Clavellina* y á la *Capitana*, para seguir tableando los terrones del *haza grande*.

Clara fijó sus miradas en el apuesta mocetón. Era un muchachote alto y rubio, sonrosado y bello como un Apolo en rústica. Contemplándolo... un relámpago de lujuria pasó por su cerebro é iluminó su cara con el resplandor de una risa francamente maliciosa.

“¡Tendría gracia!—pensó.—Poseer á Juanillo sería un poco más de nada, casi nada; ni delito ni pecado... desde cierto punto de vista; un capricho augusto, con el que tal vez tenía ella derecho á vengarse de la eterna sucesión de estafas amorosas que cruzaba por encima de su lecho de diosa”.

“Sería aquello... como beber agua con sed en una fuente escondida en el rincón de una sierra. ¿Era malo beber agua con sed... en una áspera jornada de la vida?”



Y volvió á sonreír á sus liberales pensamientos.

“No era feo el gañán, no. Hasta ahora no había reparado ella en el *cachet* de aquella varonil figura... ¡Tendría gracia! ¡Ser infiel á *los dos*: á los dos hombres que en el mundo—y cada cual por su estilo—la habían burlado! ¡He allí un caso de travesura amorosa, en el que no habían pensado los novelistas que ella leyera! ¡Siempre se olvidaban los novelistas de lo mejor!”

Y... la verdad era que todas aquellas elaboraciones mentales pasaban por su conciencia sin perturbarla en lo más mínimo. Antes, por el contrario, á su influjo, una sonrisa diabólica llenábale el rostro de mohines picarescos, y en el centro del alma retozábale una alegría descaradamente voluptuosa.

Sintió ganas irresistibles de vivir y de triscar como una niña, y de repente corrió escalera abajo, prendiéndose sobre los rizos negros su *panamá* empenachado que, al paso, tomara de una consola...

“¡Huy, la aparquera!”—ronroneó el zagal, viendo venir de lejos á la arrogante hembra. Y apretó en *el cante* con ufanía de macho encelado.

Llegó ella al bancaí, encarnada como una guinda.

—¿Serviré yo para destripar terrones, Juanillo?...

El gañán paró la yunta con un silbido, y la saludó rascándose los rebeldes pelos que escapaban debajo del pañuelo con que cubría su testa.

—Espere su mercé—dijo.—Y, todo azorado, sacó de la espuerta de la pastura una sogá, que ató al uvio por un extremo.

Agárrese su mercé de aquí y eche el cuerpo pa atrás—le indicó, docente, ofreciéndola el otro extremo.

La yunta salió tirando. La maciza escultura de *la aparquera* tremaba sobre el tablón. Era una visión... de imagen de procesión sobre sus andas arrastrada.

De repente dió un grito. Iba á caer hacia adelante... cuando Juanillo la cogió por la cintura.

—¡Para, *Clavellina!*—clamó, refrenando el apero...

El convoy partió de nuevo, lento, sobre aquel mar encrespado de terrones grises, balanceando la gentil figura de aquella sin par Cibeles. ¡Cuán hermosa iba! Un faldellín blanco, recortejano, ceñía sus amplias caderas; una blusilla

de blanca espuma de encajes aprisionábale el busto, revelando los altos senos erectos y puntiaguados. Sobre su gallarda testa, el *panamá* empenachado asombrábale el rostro diabólico.

— ¡Qué gusto!—gritaba como una colegiala escapada.—Canta, Juanillo, canta, que ya no me caigo.

Y atravesaron la ancha planicie del haza, como en una nave lenta mecida por las olas.

Entre las pezuñas de las vacas pulverizábanse los terrones, rezando, al morir, un rezo opaco y sordo.

—¿Sabes que es divertido viajar así?...

La aparcera mecía las opulencias de su carne joven sobre el tablón, erguida, y á los vaivenes sus duras curvas insinuantes besaban el recio y aplomado cuerpo del gañán feliz.

En uno de aquellos el tablón se encrespó, como si una ola más pujante que las otras lo empujara. Clara fué á caer, é instintiva se abrazó al cuello del mozo, que palideció bajo el total y perfumado contacto de la hermosa dama.

—¡Para, *Capitana*!—gritó, tambaleándose.

Por poco caen los dos.

—Soy mala labradora, ¿verdad?

Y siguieron, haza adelante, mudos y sombríos, con seriedad tal, que contrastaba con el alborozado reír de los campos soleados.

Al embate de la brisa, el penacho del sombrero flameaba, y sobre los potentes muslos se le ceñía á ella la faldá acariciante.

“Tendría gracia, tendría gracia”, monologueaba para sus adentros, entregando el alma entera á la sugestión de la aventura.

“Esto sería como beber agua con sed en una fuente escondida en un rincón de la sierra.”

Y, en un momento de cinismo, miró con fijeza á los ojos del mozo, que de azules claros se tornaron, al choque del mirar, azul abismo.

De repente, la aparcera dió un grito y saltó del tablón al suelo, cerrando los ojos y tendiendo las manos, como si buscara puntos de apoyo en el aire ambiente.

—¿Qué es eso, se ha puesto su mercé mala?—dijola, yendo en su auxilio.

—Sosténme, no me caiga... Es un vértigo..., pero ya pasa.

Estaba, en efecto, pálida. El muchacho, que sostenía la dulce carga, cumpliendo con todo recato la orden, se asustó un poco.

—¿Quiere su mercé que llame?

—No, no... Ya pasó. ¡Qué susto he llevado! Tú también te has asustado..., estás pálido.

Juanillo se puso más encendido que la grana...

VII

La aparcera, desvelada aquella noche, en la azulada penumbra de la alcoba que un claror de la luna poblaba de ensueños, dibujaba con la imaginación disparatadas aventuras de amor. No podía dormir; el mareo del temporal corrido sobre el tablón, durante la hora de la siesta, embargábala aun.

¡Las cosas que pensaba y que se decía, arru-

llada por el chirriar de los grillos cantores y el crótalo sonante de las ranas vecinas!

Sintió de súbito un vago ruido en el casón, se acordó de los *duendes*, y llamó asustada. La doncella acudió.

—¿No has oído? ¿Qué ruido ha sido ese?

—No he oído nada, señora... Será alguna puerta que habrá quedado abierta arriba. Parece que se ha levantado viento. ¿No oye la señora?

—Sí; parece viento... No me dejes sola, sin embargo; tengo miedo.

Y como obedeciendo á la lógica de su pensamiento, siguió:

—¿No duerme ningún labrador en la casa?

—No duerme nadie más que la cocinera y la criada. Ya sabe la señora que los labradores duermen en la suya... pero llamaré por un balcón si la señora quiere que registren—objetó medrosa.

—No, déjalo... Pero desde mañana que duerma alguien aquí con nosotras... el guarda, Juanillo, su padre... cualquiera. ¡Qué susto he llevado!—acabó con naturalidad.

La doncella arrastró un colchón hasta la alcoba de la señora...

La gentilísima había elaborado su plan, y sonreía á sus internas malicias.

¡Indudablemente *los duendes* iban á servir para algo en el mundo! ¡Beber agua fresca, hasta hartarse, una vez siquiera en la vida! ¡Y beberla allí, en la paz bucólica de la señorial estancia, en brazos del silencio campesino, en la soledad misteriosa del casón... adonde no llegaban para atajarla en su capricho los enfadosos convencionalismos sociales que la ciudad imponía!

El caso *allí* sería tan natural que... hasta podría contarle á su esposo sin reparo.

“Mira—le diría,—ni te inquietes ni te exaltes. Esto no va á ser ni infidelidad ni... nada. Se trata de Juanillo el gañán; ya ves: ¡nadie como quien dice! Ni él mismo sabe todavía qué ha de ser. Tampoco puede llegar á sospechar el pobre que va á pagar deudas tuyas... Piénsalo bien; no tienes derecho ni siquiera á guardarle rencor. Si tú fueras un alma grande, si enajenado de soberbias y egoísmos mundanos pudieras apreciar lo que vale un segundo de felicidad para la carne joven de tu mujercita, llegarías á agradecerle lo que por ti va á hacer. ¡Porque va á hacer mucho, no te quepa duda!...”

“¡Quizá te libra; quizá nos libra á ti y á mí de un gran escándalo, en el que rodarian nuestros nombres por la ciudad, siempre hambrienta de ellos!...”

“Y tú tal vez soportarías el escándalo, menos clamoroso acaso que la voz de tu conciencia; yo, no. Yo lo arrostro todo menos eso. Yo quiero tener siempre en mi mano mi libertad y mi destino, como una reina que se afirma en el amor y en el respeto de su pueblo...”

“Allá lejos, en la ciudad que ahora duerme, se alzan los alcázares del decoro, de la estimación, del bien, del orden, de la moral y de la ley;—¡esos alcázares que habéis levantado, egoístas y crueles, contra nosotras, y á cuya sombra la vida fluye sofocada y como envilecida por una falsa concepción; no me digas que no!—A pesar de ellos, la vida rompe estos frenos cuando puede, escapa al ensueño y devora en un rincón obscuro su ración

de felicidad, afrontando misera un día de ruido..." "Aquí, empero, no llegan las sombras de aquellos alcázares. En la honda paz de la vega silente, esos grotescos espantajos del mundo son... como los duendes del cortijo: meros fantasmas sin realidad ninguna, de los cuales bien puede reírse un marido excelso y culto como tú... ¡Ya lo ves! ¡Es la vida, que me han dado sin pedirla, la que así razona; es la juventud, clamante de deseo, la que en mí se subleva! A ti... ¿qué más te da?..."

ser su igual un instante, al beso de la animalidad exaltada... cuando natura imperiosa sellara las carnes de ambos con el espasmo sensual, supremo gesto de la especie. Dejaría de ser á sus ojos la señora, el ama, la aparquera. Y si por imposición de las cosas siguiera siendo la soberana, sería al fin una soberana viciosa é impúdica, que bajaba de su trono y arrojaba el cetro... para entregar al gañán guapetón el tesoro de su cuerpo sobre un montoncico de paja...



Y en realidad, ello fué que—si no envueltas en las mismas fórmulas—estas ideas rodaron atropelladas por su mente al cabo.

Pensó luego en Juanillo, y al evocar su imagen, al recordar el respetuoso mirar con que la obsesquiara siempre, no pudo menos de reprocharse algo. Ante todos podría seguir siendo honorable; ante él iba á ser libidinosa y ligera. Con estar el mozo tan bajo en la escala social, ella llegaría á

Entonces fué, ¡ay!, cuando se alzó en ella el docto filósofo que habita en las entrañas de todo hambriento; entonces, cuando del matorral de todos sus pensares, y al crujir de una risa deliciosamente pagana, le brotó esta singular y diabólica idea:

“¡La violaría el gañán!” Ya sabría darse trazas para salir como atropellada por la fiera que duerme en todo mancebo, cuando el caso llegase,

y el mozo sería su esclavo atribulado... después de haber sido su amante de un segundo.

“Si amar fuera sólo caer—había dicho ella en cierta ocasión—caería cualquier día, en cualquier parte, donde quiera que la aguardara un beso fuerte y avariento.”

Pues bien; amar era ahora eso, *caer, sólo caer*. Y caer sin inquietud, sin miedos al mundo; libre de aquellos frenos que casi siempre fueron los únicos sostenes de las virtudes que decoran, más que ennoblecen, *la vida del orden*.

Una negra duda la asaltó de repente.

“¿Sería Juanillo tan bruto que se sobrecogiera de respeto, dejándola burlada y caída, cuando el trance llegara?...”

La visión de su cuerpo desnudo, y el recuerdo de aquel azul de abismo que en los ojos del manco sorprendiera aquella tarde, al caer maliciosa en sus brazos, la tranquilizaron y... se durmió con el alba de la risa en la boca, cuando el alba comenzaba á reír en el horizonte de la ancha vega...

VIII

Cuando el tío Manuel dispuso que su hijo durmiera en la casa grande, la señora objetó bondadosa. Al muchacho le gustaría rondar de noche, y para él iba á ser una esclavitud encerrarse en el casón. ¡Malditos duendes!

—No tenga su merced reparos, aparcera; Juanillo no ronda ya.

Después supo por las criadas, en un comadreo íntimo, que Juanillo había tenido una sola novia en su vida; una sola, que dos años ha se le murió al muy bárbaro... de parto.

Estallaron risas sonantes en obsequio á la desenfadada historia.

—Pobrecilla—dijo ella—decorándose ante la servidumbre con un gesto de majestuosa tristeza, y se alejó del corro.

“Pues señor, estaba visto que las novias campesinas morían de un modo menos romántico que las de la ciudad...”

La vega cae al atardecer en una profunda paz silenciosa, más silenciosa que la de la misma noche.

De las augustas sombras se levantan... el chirriar de los grillos reales; el canto de las ranas... plebeyas; el rezo de las brisas en el cañaverál; el dulce rumor de los regatos vertientes; la charla de las boqueras; y allá en la ronca playa, como el rítmico jadeo de un titán dormido, el lento y opaco son de la resaca... esfumándose en la oquedad de la noche cerrada.

Las luces diseminadas en la planicie frondosa van muriendo poco á poco, sorbidas por la sombra.

A eso de las diez, sólo el *Cortijo de los Duendes* brilla con el ascua encendida de uno de sus balcones. La señora dedica esta hora solemne al despacho de su correspondencia. Escribe á su esposo, que la saluda desde el establecimiento de La Toja; escribe á su prima Luzbela, á quien van á casar ¡ay! también en matrimonio de conveniencia. Luego lee á Valle-Inclán y á Felipe Trigo y luego... se acuesta.

Aquella noche no lee, no podría leer.

No podría leer; pero siente una placentera tranquilidad en su ánimo al pensar que en la casa duerme un hombre.

Ahora es cuando se da clara cuenta de que, en verdad, un vago miedo á los duendes del cortijo la atormentaba... y sonrió.

Apagó la luz, y al apagarla, el salón y la vega se inundaron con el resplandor azulado de la luna llena, supendida como un globo esmerilado en lo alto del cielo blanquecino y desierto.

Salió al balcón. ¡Qué solemne hermosura!

Todo el paisaje ensombrecido entona el salmo pagano de la noche. Una esquila lontana lamenta cristalina un instante y... muere. Cuatro notas de flauta panida cruzan la sombra, llevadas muy lejos por la flecha de un pájaro invisible que hiede de los aires. Las higueras perfuman con aroma lujurante el ámbito inmenso, y... ¡todo es fragancia y frescura que adormecen, bajo la majestad del plenilunio!...

La calma olorosa de la vega la invadió el alma, y se hundió en el piélago de sombras embriagadoras como un baño. ¡Qué hermoso era vivir!

El recuerdo de Juanillo que allí cerca, al otro lado del corredor de la nave central duerme, la inquieta. Ha decidido acostarse; pero tiene la voluntad enferma. Penetra en su alcoba; despójase de enfadosos ropajes que modelan su cuerpo caliente y duro, y arrepentida de pronto, vístese un *saño de cama* y vuelve al balcón, donde tan lujosa y sensual tentación encuentra su cuerpo y su espíritu.

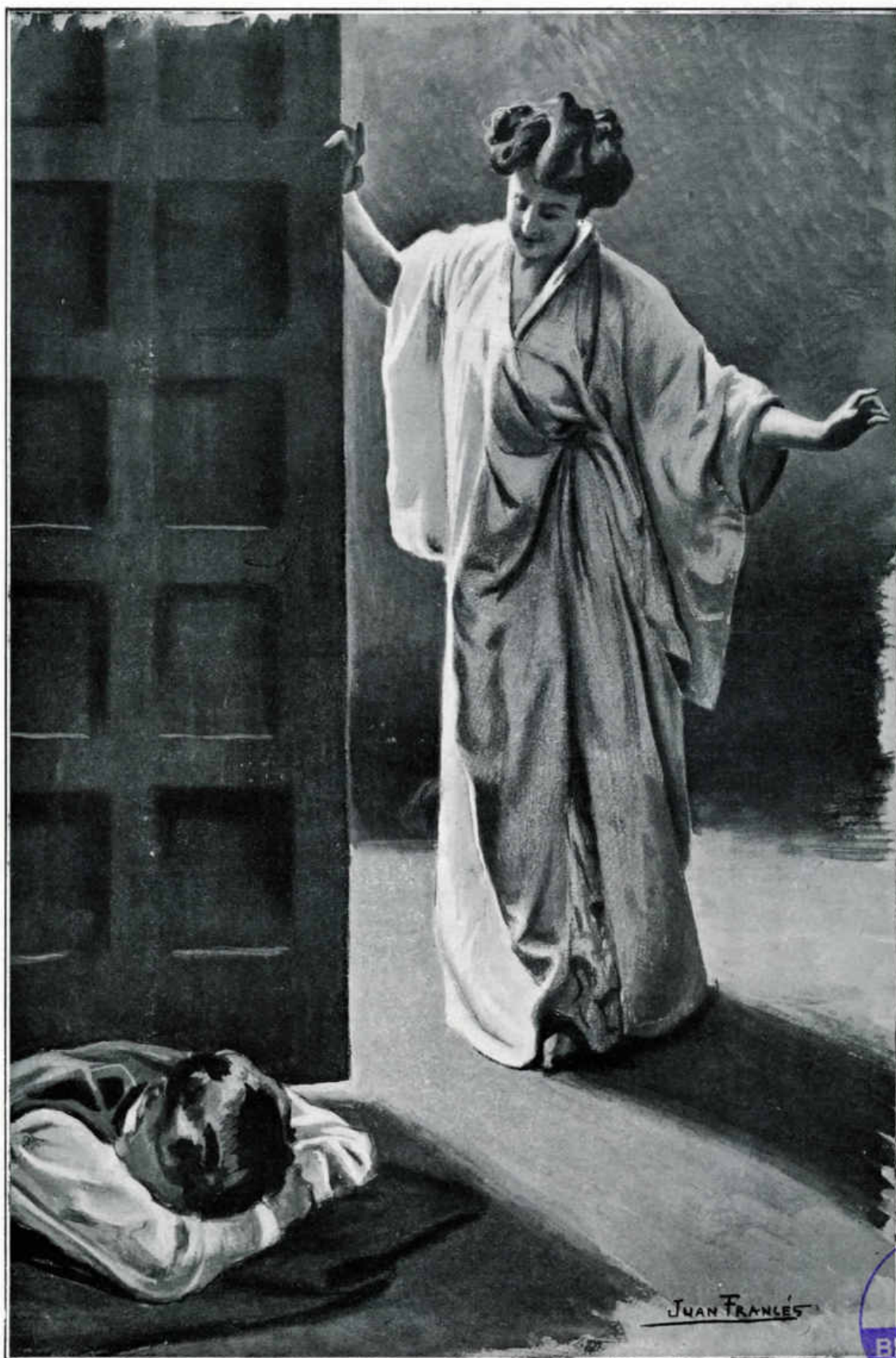
Juanillo duerme y ronca desde tiempo ha, ajeno á las hermosuras de la noche y á las tribulaciones de la dama; la casa toda duerme.

Ella siente de súbito un deseo rabioso de verle, de sorprenderle en la indefensa de su sueño... aunque no sea más que para contemplarle con entera libertad. ¡Sería aquella una página mucho más cálida é intensa que cualquiera de las de Felipe Trigo! Además... ¿á que engaños consigo misma? Ese era su vago deseo; por eso había salido al balcón de nuevo y se había hundido en el misterio de la noche con todas sus ansias de amor; por eso fué y tornó desde el balcón á la alcoba y desde la alcoba al balcón, en un ambular idiota é irreflexivo, que era cosa de sus pies... Salió luego, atravesó el corredor de la nave central, que una sombra húmeda invadía; avanzó con pisar medroso, y... por fin cayó sobre la cerradura de la puerta frontera con la oreja auscultante.

“Dormía, sí.”

Allí estuvo... no pudo precisar jamás cuánto tiempo, y al cabo empujó; la puerta cedió, blanda y callada. Unos leves troteillos de menudas alimañas espantadas perdiéronse, huyendo, en la negra oquedad del granero. Sintió un pánico horrible, apretó sus muslos, y enroscóse con ambas manos la falda sobre ellos, toda contraída de espanto. A punto estuvo de gritar. ¡Malditos animales!

Juanillo, á dos pasos de la puerta, dormía en el suelo sobre un colchón, en un remanso de la luz de la luna—vieja alcahueta que parecía haber forzado el postigo de un ventanón del muro con su empuje, para ofrecer á la dama un cuadro tentador.—Era, en efecto, aquél otro Juanillo que el



del haza: un Juanillo yacente y bello, con su cabeza de Apolo, enmarañada y revuelta. No tenía pañuelo ninguno sobre sus cabellos; parecía otro. Parecía un hombre. ¡Cuán interesante en su abandono confiado!

Largo rato estuvo contemplándole, retenida allí por la voluptuosidad... y por el miedo á las alimañas. Ello fué que, poco á poco, sigilosa, y con la falda á media pierna, se fué alejando de espaldas, sin perder de vista la sombra donde los ratones del granero triscaron. “¡Dichosos animalitos!”

Así repasó el corredor sombrío, y cuando penetró de nuevo en la sala ¡respiró! Ya más confiada y en sí, envuelta en la difusa penumbra anduvo de acá para allá sin objeto. Iba y venía como si quisiera convencerse de que estaba viva: de que aún regía en ella la voluntad.

La puerta del granero había quedado abierta: mejor dicho, la había dejado abierta de propósito. Desde el centro del salón podía tender su mirada al través de la sombra del corredor medroso, sobre el remanso de luna en donde el cuerpo gentil de Juanillo yacía en abandono supino.

De pronto, se encontró otra vez en la noche de su alcoba, adonde los pies la llevarán sin saber cómo ni á qué, y al notarlo se sobrecogió. El salón, con su manta de luz azulada tendida frente al balcón, la llamó de nuevo... Temblaba de frío, de miedo y de deseo. Sus caderas y sus senos erectos tremaban bajo la amplia caricia del *salto de cama* perfumado y tibio, y sus ojos morunos brillaban... como el turbio cristal de un espasmo.

Obsesa, sonámbula, arrastrada en un soplo de calentura, se deslizó por el corredor y tornó valiente á la puerta del granero. Juanillo dormía como una piedra. Contemplándole arrobada... se le revolvió allí, dentro del magín encendido, no sabía qué viejos y gratos recuerdos de amor que de repente le estallaron con estas palabras, evocadoras de un pasado venturoso:

“La besó en la frente y partió”... “La besó en la frente y partió.”

Con ellas vino la imagen de Rosita, á quien no llegó á conocer. Con ellas vino la sombra de Gastón, tétrica y pálida en su *pose* de artista, maltrecho por una bala perdida... Gastón caería sobre el campo en postura supina, como yacía Juanillo ahora sobre el remanso de luna que bañaba un rincón del granero.

El gañán se estremeció de pronto bajo la mirada sugestiva de la dama.

—¡Qué! ¿Qué es eso?—gruñó en el soñoliento despertar.

A su lado la blanca sombra de la diosa Venus temblaba sollozante.

“¡Tengo miedo, Juanillo, tengo miedo!”—decíale aquel fantasma, con un susurro de voz en el que rompía el tintineo cristalino de todas las lejanas esquilas de la vega.

“¡Tengo miedo, Juanillo, tengo miedo!”

—¡Huy! ¡La aparcera!...

Y se incorporó solícito y azorado... para recoger entre sus brazos la divina pompa de aquella carne torturada, que caía; que caía convulsa y pesada...

La vega cantaba, la vega reía. Una esquila lejana lamentó un instante y... fué. Cuatro notas de flauta panida taladraron la sombra empujadas por la flecha de un pájaro invisible que hendía los aires. De lejos venía el áspero son de la resaca, que llenaba la oquedad de la noche con el canto de un salmo gigante.

.....
Aquello fué... como beber agua con sed en una fuente escondida en un rincón de la sierra. ¿Era malo beber agua con sed en una áspera jornada de la vida?... Los duendes del *Cortijo de los Duendes* fueron los únicos entes que contemplaron el caso, y ante la blanca desnudez de la dichosa hembra juraron guardar el secreto.

Almería.—Junio, 1908

José Jesús Faruq

FIN



COLECCION FÍGARO

La Biblioteca más barata del mundo

Se han vendido por millares y están agotándose, los dos primeros tomos de esta **Colección**: la más artística, la más interesante y también la más económica de cuantas se han publicado en España hasta la fecha.

Volúmenes publicados:

I.--**LA CORTINA CARMESÍ.**--Por J. Barbey D'Aurevilly.

II.--**JETTATURA.**--Por Teófilo Gautier.

Estos tomos, elegantemente impresos en buen papel y con preciosas cubiertas tipolitográficas en cinco colores, se venden en todas las librerías y kioscos de periódicos de España al precio de:

Cincuenta céntimos

Próximamente la **Colección Fígaro** publicará grandes novedades.

Entre otras, un libro en el que, bajo una forma novelesca, publica sus **Memorias Íntimas** una de las artistas de París más famosas por sus aventuras y por su belleza.

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA

== OBRAS MODERNISTAS ==



á 3 pesetas tomo



- | | |
|---|---|
| Pedro de Répide. —La enamorada indiscreta (novela). | A. Martínez Olmedilla. —Memorias de un afrancesado (novela). |
| R. López de Haro. —Dominadoras (novela). | Abel Botelho. —El barón de Lavos (novela).
2 tomos. |
| " " " " El salto de la novia (novela). | Tulio M. Cestero. —Sangre de Primavera (prosas). |
| " " " " Batalla de odios (novela). | A. Armando Vasseur. —El memorial (novela). |
| Antonio Machado. —Soledades—Galerías—
Otros poemas (poesías). | Emilio Carrere. —El caballero de la muerte (poesías). |
| Salvador Rueda. —La Cópula (novela). | |
| A. Martínez Olmedilla. —La caída de la mujer (novelas cortas). | |

Los pedidos á GREGORIO PUEYO, Mesonero Romanos, 10, MADRID

cocco *Libro interesante* ooooo

Desde mi butaca

(Apuntes para una psicología de nuestros actores) por

Eduardo ZAMACOIS

SUMARIO: Consideraciones preliminares.—María Guerrero.—Díaz de Mendoza.—Rosario Pino.—Enrique Borrás.—María Tubau.—La vanidad en los actores.—Los derechos del actor.—El adulterio en el Teatro.—Teatro de acción y Teatro de ideas.—Los orígenes de la risa.—José Santiago.—José Rubio.—Balbina Valverde.—Matilde Rodríguez.—Loreto Prado.—Emilio Carreras.—José Moncayo.—La risa en el Teatro.—El arte escénico.—Teatro nuevo.—El apuntador.—La tristeza del comediante.

Un vol. de 300 páginas. **3 pesetas**

De venta en esta Administración, en Casa de M. Pérez Villavicencio, editor, y en las principales librerías.

LOS CONTEMPORÁNEOS

ha trasladado sus oficinas á la
:::: Calle de los CAÑOS, 4 ::::
oficinas y talleres de _____
—ALREDEDOR DEL MUNDO

Los lectores de

Los Contemporáneos

EN BARCELONA

encontrarán siempre números atrasados

EN EL

KIOSCO BARCELONÉS

Rambía de Ganaletas

Los Contemporáneos

Revista semanal ilustrada

Publica en su número próximo

FINAFROL

Novela de la Condesa PARDO BAZÁN

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ, MONTERA, núm. 22

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO ₧ 12, CAPELLANES, 12 ₧ PRECIO FIJO

Los Contemporáneos

NÚMEROS PUBLICADOS

1.- *El "Lobo"*

Novela de Joaquín Dicenta.
Ilustraciones de Estevan.

2.- *Querer y no querer*

Novela de Manuel Linares Rivas.
Ilustraciones de Villalobos.

3.- *Rosas místicas*

Novela de Francisco Acebal.
Ilustraciones de Juan Francés.

4.- *Amor prohibido*

Novela de Alberto Insúa.
Ilustraciones de Juan Francés.

5.- *La Palma rota*

Novela de Gabriel Miró.
Ilustraciones de Pedrero.

6.- *El cínico*

Novela de Felipe Trigo.
Ilustraciones de Estevan.

7.- *El duende*

Novela de E. Ramírez-Angel.
Ilustraciones de Juan Francés.

8.- *Alma cansada*

Novela de José Francés.
Ilustraciones de Menéndez.

9.- *La pasión de Mr. Castle*

Novela de Eduardo Marquina.
Ilustraciones de Estevan.

10.- *Humo de hogar*

Novela de Miguel A. Ródenas.
Ilustraciones de Pinazo Martínez.

11.- *El patio azul*

Idilio dramático de Santiago Rusiñol.
Ilustraciones de Medina Vera.

12.- *Bohemia triste*

Novela de Antonio de Hoyos y Vincent.
Ilustraciones de Villalobos.

13.- *Ciudad muerta*

Novela de Pablo Parellada.
Ilustraciones de Ape.

Estas novelas se hallan de venta en esta Administración y en todas las librerías y puestos de periódicos de España, al precio de 30 céntrs.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto. ALVAREZ GÓMEZ - Calle de Peligros, 1 duplicado.

Mermeladas TREVIJANO

EN BUENOS AIRES

recibe Los Contemporáneos D. CAMILO VILLARÓ

LIBRERÍA DE LA CONCEPCIÓN

Calle Buen Orden, núm. 945.

Atiende pedidos para la ciudad y provincias

SOMBREROS

ingleses, las mejores marcas, de 6 á 15 pesetas. - Primera casa en gorras y novedades para niños :- CAÑAS :- Calle de Preciados, núm. 18.

AGUAS DE CESTONA

HEPATICOS

De venta: Plaza del Angel, 18 y farmacias y droguerías. Precio, 1,25 pesetas

PÉREZ MOLINA

Último «chic» en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes.

*** CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 28 ***

Los Contemporáneos

ha trasladado sus oficinas á la ::::

Calle de los CAÑOS, 4

oficinas y talleres de ~~~~~

ALREDEDOR DEL MUNDO

B. Dip. Almería

AL-821-GAR-apa



1022620

CARLOS PRAST Y HERMANOS



BOMBONES FINOS

CONFITERÍA

ARENAL, 8

MADRID

TELÉFONO 283

Imprenta de ALREDEDOR DEL MUNDO
Calle de los Caños, núm. 4. MADRID